

PRÓLOGO EN EL CIELO.

I.

Solo, sin más compañero que su pensamiento, sin más eco que su eterna palabra, sujeto y objeto de sí mismo, envuelto en la luz increada, llevando en su seno la vida de todos los seres, y en su mente el ideal de todas las creaciones posibles; Dios, cuya forma y cuya esencia se penetran y se confunden, cuya naturaleza es infinita, cuyo sér es absoluto; eterna hermosura, eterna verdad, eterno bien; allá en el santuario de sus cielos, antes que fuese el Universo, medita un mundo que le refleje, un sér que le conozca y que le ame; y delante de su pensamiento van pasando en idea todos los mundos que pueden vivir en el tiempo, que pueden caber en el espacio; sueños de la eternidad, poemas animados de una

poesía sin palabras, armonías de una música sin sonidos, séres sin realidad y sin formas, reflejos de la sustancia divina en sí misma, tipos que van vagando en la razón creadora del Eterno Artista.

Y en el mismo instante que estas meditaciones cruzan por la mente divina, un Espíritu increado se levanta en los cielos y los perfuma con su esencia misteriosa, como la indécisa y azulada nube de incienso perfuma todos los ámbitos de un templo; y ese eterno Espíritu es la fuente donde está la virtualidad de todas las ideas, el rocío en que han de beber su vida las almas, la norma de todos los pensamientos posibles, la ciencia sobre la cual se han de levantar las creaciones futuras; es el santo, el inefable Espíritu de Dios.

Y en el mismo instante (pues allí en el cielo no hay ni ayer, ni hoy, ni mañana; allí no hay tiempo, allí el espacio es lo infinito, la sucesión de las ideas no existe, todo está presente siempre, y siempre vivo; allí no entra ni la sombra, ni la guadaña de la muerte); en el mismo instante una lágrima rueda por los abismos de la eternidad, un sollozo se exhala del centro de la vida y de la gloria: es el Verbo, el eterno dolor, el eterno sacrificio, la eterna víctima levantada en las aras del cielo, el Hijo único, que intercede por la creación

venidera, y que presintiendo los crímenes de las criaturas, quiere ya lavarlos con su sangre, con esa divina sangre que con solo una gota podría poblar de mundos, de séres y de luz la estéril y oscura nada.

Dios, al ver al Espíritu flotar sobre su frente y al Verbo llorar á sus piés, lanza una mirada más fulgurante que el rayo, exhala una palabra que puebla de nueva luz la eternidad, y el Padre y el Hijo y el Espíritu se identifican en el eterno amor, como se unen y se confunden aquí en la tierra la gota de rocío que se evapora, el aroma que exhala una flor, y el suspiro amoroso del áura; y un éxtasis sublime, el éxtasis de la contemplación de sí mismo, de su propia perfecta esencia, posee al Eterno.

¡Oh! el amor es la vida, el amor es el aroma de la esencia de Dios, el amor confunde en una las tres manifestaciones distintas de la sustancia divina; el amor va á caer sobre la nada, sobre ese antro más negro que la noche, más despiadado y pavoroso que el infierno, y de su centro caliginoso y frío hará que se levante la tierra vestida de luz, coronada de flores, llena de armonías, ostentando todos los matices de la vida, más hermosa en los espacios que la virgen palpitante de amor que es.

pera en su casto lecho nupcial el primer beso de su esposo.

Pero Dios, para crear el mundo, quiere mensajeros de sus mandatos, ministros de su voluntad divina, y va á producir la creacion angélica. Su palabra resuena en los eternos cielos, y aún no se ha oído cuando se eleva un vapor blanquecino, y del seno de ese vapor nace una luz sonrosada como el alba de eterno día, y en esa luz se van dibujando en formas fugaces y brillantes los ángeles, á manera de esas figuras fantásticas que los rayos del sol producen al nacer en la niebla que disipan; y pronto esas figuras se determinan, se limitan, rompen su embrion, y se muestran en toda su hermosura, con su cabellera de luz que cae sobre los blancos hombros, su frente inundada de un pensamiento divino, sus ojos embebidos en místico éxtasis, sus labios vibrando un himno de alabanzas, sus blancas alas produciendo en el éther de la gloria una armonía dulce y melancólica; y mientras surcan lo infinito, dejando por do quier desprenderse de sus vestidos de color de cielo más transparentes que el aire deliciosos aromas, pulsán con sus dedos descuidadamente sus arpas, que producen un concierto de cánticos, cuyos ecos sumergen al Eterno en el ar-

robamiento del amor de sus propias criaturas. Estos ángeles son los tipos de las creaciones venideras en el cielo, y unos llevan mantos de luz, otros coronas blancas como la espuma, aquellos túnicas celestes, éstos gasas de color de rosa; y acercándose en coros, dulcemente apoyados unos en otros, y suspendidos sobre la eternidad como la mariposa sobre el cáliz de la flor de que ha salido, se acercan á la fuente de la vida que mana del Eterno, remojan sus labios, y se cubren con sus alas para que no los ciegue la luz de la eterna verdad, que resplandece pura en el centro de los cielos, que repiten el siguiente cántico:

CORO DE ÁNGELES.

Señor, Señor, no éramos. Dormíamos perdidos en el seno oscuro de la nada. Aún tenemos el frío del no sér. Pero hablaste tú, y nos hemos levantado y hemos extendido nuestras blancas alas, y hénos aquí en tu presencia con el arpa en las manos y el cántico en los labios. No te podemos mirar, porque un rayo de tu mirada fundiría nuestras pupilas en el hueco de nuestros ojos. No podemos pronunciar tu nombre, porque ese nombre incomunicable quemaría nuestros labios. No podemos acercarnos á tu trono, porque el fuego de

tu amor consumiría nuestras alas. Señor, Señor, ¿por qué, por qué hemos nacido? Dínos que esta vida es un átomo de tu vida, que esta alma que vemos correr por nuestros cuerpos transparentes ha nacido de un suspiro de tu amor, que estas ideas que vemos volar sobre nuestras cabezas son ecos de tu palabra, que somos tuyos, que nos amas, porque sin tu amor no queremos la vida, no, queremos volvernos al abismo de la nada. Este cántico, que en ondas sonoras sube, y sube, y sube hasta tí, es el vuelo de nuestras almas, es el aroma que ofrecemos en tus eternas aras, es el fuego de este amor infinito en que nos abrasamos desde el instante en que hemos sentido el primer reflejo del calor de la vida. Señor, Señor, ámanos, ámanos, pues somos tuyos, y así no sentiremos nunca más el terrible frío del no sér.

EL ETERNO.

Yo soy el que soy; yo soy el sér. En mí todo empieza, y todo ha de acabar en mí. Los cielos y los mundos futuros ya se desarrollan á mi vista, y antes de nacer ya los veo desprenderse muertos en mi seno. Sin mí no habria vida, sin mí no habria sustancia, sin mí no habria sér. Yo soy como el aliento que impulsa vuestras alas, yo soy

como la armonía de vuestros cánticos, yo soy como la luz de vuestros ojos, yo soy como la idea que vaga por vuestra mente, yo soy el sér. Y quiero ver mis obras, recrearme en contemplar cómo sale del seno de la nada el Universo. Haré mundos más numerosos que las notas que despiden las cuerdas de vuestras arpas; derramaré aires más transparentes que vuestras túnicas; crearé una luz más espléndida aún que la luz de vuestros ojos; levantaré en los espacios infinitos una cuna de flores, y en esa cuna hermosísima pondré otro ángel que sea mi imágen y mi lejano reflejo, y lleve su propia vida á mis obras.

CORO DE ÁNGELES.

¡Un mundo, Señor, un mundo! ¿Y dónde vas á colgar ese mundo? Nosotros, donde quiera que volvemos los ojos, allí encontramos tu sér. Si subimos hasta la cúspide de la eternidad, allí estás tú; si bajamos, dejándonos caer hasta los más profundos abismos, allí te encontramos; si queremos ver, tomamos la luz que baja de tu frente; si queremos vivir, bebemos en los torrentes de vida que caen de tu trono; si queremos cantar, hemos de repetir la dulce armonía de tu palabra. ¿Dónde pondrás este mundo que no estés tú?

¿Dónde colgarás ese mundo? ¿Será una lámpara de tu templo? ¿Será un átomo del polvo de luz que levantas con las ruedas de tu carro? ¿Será una espuma de la catarata de vida que baja de tus manos? Señor, Señor, ¿dónde colgarás ese mundo? Nosotros no vemos más sér que tu sér, no encontramos más espacio que tu eterna é infinita naturaleza.

EL ETERNO.

Aún no ha nacido la criatura, y ya se desliza en su alma la serpiente de la duda. Nada se opone á mi voluntad ni desobedece mi poder. Si dejara escapar un aliento de mis labios, ahora mismo os veriais rodeados de mundos. La vida está en mi mano; y al abrirla, hasta la estéril nada engendrará el sér en sus cóncavas entrañas. Bajad, bajad, criaturas, rápidamente hasta los últimos límites donde yace el negro abismo del no sér, de que habeis nacido, y allí estará el gérmen del Universo.

CORO DE ÁNGELES (*bajando*).

Señor, ¿dónde vamos? A medida que nos alejamos de ti, tenemos frio. El viento que se levanta de los abismos, apaga la luz de nuestros

ojos y seca la corona de ideas divinas que ostentamos en nuestras frentes. Los grandes remolinos que se alzan del fondo de un piélago bituminoso y oscuro, nos quieren estrellar contra las puertas de la insondable eternidad. Señor, al acercarnos á esos abismos, huimos revueltos y espantados delante de un sér informe. Es un monton de lava, de cenizas, que vaga perdido en un mar de espesas aguas; un viento fortísimo lo azota, y exhala un olor fétido que nos sofoca, que sofoca á tus ángeles. Las tinieblas que lo cubren, no dejan que nuestros ojos puedan penetrar en su esencia, y nos atraen como si quisieran sepultarnos y pegar nuestras alas en sus inmundos lodazales, para que no tornemos á tí, á tu presencia. Señor, este combate, esta lucha, este frio, este horror, esta confusion, ¿cómo se llama en tu divino lenguaje?

EL ETERNO.

Se llama el caos, y es la semilla del Universo.

CORO DE ÁNGELES.

¡Señor! De esa semilla sólo puede brotar el mal: destrúyela, destrúyela. ¿De esa oscuridad no saldrá una sombra que cubra tu frente? ¿De ese abismo, no se levantará un viento que apague

tu luz? ¿Ese frio, no puede cubrir con su esterilidad hasta las cumbres más altas de tu gloria? ¿Ese vacío tan grande, no podrá ser hasta el sepulcro de Dios? Señor, Señor, destruye el caos. Levantados en un inmenso círculo sobre los abismos, nuestras plantas se pierden ya en las tinieblas; y si vivimos aún, es porque la luz de tus cielos resplandece en nuestras frentes.

EL ETERNO.

Criaturas, mirad y orad. Va á comenzar mi obra.

II.

El Eterno habló; y su palabra, hendiendo lo infinito, vino á caer sobre el caos. La palabra divina, resonando en los abismos de la eternidad, dijo «habrá luz,» y hubo luz. El éther impalpable, el áureo éther luminoso envolvió en su brillante gasa el informe caos, y llenó todos los espacios, que á su dulce reflejo se sintieron inundados de amor y de vida. ¡Oh! ¡quién pudiera pintar con una palabra más clara y trasparente que la informe palabra humana, el tránsito de la nada al sér; la luz brotando sobre la caótica materia; sus impalpables hilos de oro tiñendo con su color sonrosado el hervidero de todas las cosas; la primer aurora brillando en los confines del espacio; las nieblas que cubrían los semilleros inmensos de los mundos, huyendo á perderse en el no sér; la vida despertándose al primer be-

so de la luz, que se difundía pura, inmaculada por lo infinito, como si fuera la inocencia del Universo! Al dulce eco de la lira de los ángeles, que suspensos y maravillados entonaban un himno al Eterno, la materia cósmica se iba reuniendo, se iba condensando; los espacios celestes se iban extendiendo, desarrollando como un pliegue desenvuelto del manto del Criador; los cometas extendían sus alas de fuego y se lanzaban en sus inmensas órbitas; mundos innumerables, como ténues vapores, surgían del fondo de los abismos; estrellas fosforescentes centelleaban un instante y se unían para formar un nuevo astro; los grandes planetas emprendían su camino, y al girar por vez primera sobre sus ejes, producían un sonido misterioso y dulcísimo; las mústias lunas, ménos abrevadas en la luz, seguían por los espacios vírgenes los pasos de sus planetas; un lazo incandescente de mundos se perdía en la eternidad; gasas de estrellas se colgaban sobre los límites del Universo; volcanes encendidos, hirvientes, giraban por dó quier, buscando su sitio en el espacio; y un divino cántico, incomunicable armonía, se elevaba de esfera en esfera, producido por la primera rotación de todos los mundos, á su centro universal atraídos por el gran círculo de fue-

go, por el sol, anillo que Dios se arrancó de su dedo para celebrar sus nupcias con la naturaleza.

CORO DE MUNDOS.

Dios, Dios; aún tu aliento creador corre por nuestras candentes venas; aún conservamos la huella de tu paso en nuestra líquida materia; aún llevamos impreso el sello de tu retina de diamante en nuestro centro. Tenemos calor; el primer fuego de la vida nos enciende, nos devora. Mándanos un aliento de tus lábios para refrigerarnos; mándanos una gota de tu rocío celeste para apagar la sed que tienen nuestros volcanes. Masas líquidas, gaseosas, rudimentos de vida, vamos corriendo por los espacios, como hornos encendidos, envueltos en una nube espesa de rojizos vapores, que es el abrasado cendal de nuestra cuna. Báñanos en tus aguas para que nos purifiquemos; bésanos con tus lábios para que podamos sostenernos en los abismos, atraídos por tu divino amor. Nosotros seremos vasos de oro de tu templo; escala de diamantes y topacios, por donde bajen tus ángeles á ver si se gastan los ejes de tu obra; lámparas que oscilen llevando el fuego sacro de tu luz siempre vivida, siempre resplandeciente; signos brillantes que escriban las

letras de tu nombre en la soledad de los espacios; luminosas arenas por donde pueda extenderse y correr el gran río de la vida; polvo que tus sandalias dejen cuando bajes de tu trono á fecundar la nada; seremos lo que digan tus labios, lo que ordene tu incontrastable voluntad; pero mándanos un suspiro no más, porque el fuego de tanta vida nos consume; y un cántico de gracias más dulce y melodioso que los arpegios de las cuerdas que pulsan tus ángeles, producirán nuestras esferas; y verás cómo los mundos guardan aún el eco de tu voz, é imitan, al rodar sobre sus ejes en plácida armonía, la música de tu palabra.

CORO DE ÁNGELES (*inclinados sobre la creación*).

Señor, Señor: la voz se apaga en la garganta, porque apenas se atreve á levantarse, cuando resuena en lo infinito el cántico de tus soles y de tus mundos. Esa armonía, cuyas notas forman las estrellas; esas cadencias, cuyos compases dan los soles; esos prolongados coros, en que cada astro tiene una voz, un eco, es un concierto más digno de tu poder que el cántico de tus ángeles. ¡Qué inmensidad de mundos! Por todas partes se extienden, ruedan, vuelan, pasan, y cuando pa-

rece que van á entrechocarse y destruirse, continúan sus armonías en un concierto sin tregua y sin término. Señor, Señor, ¿es algún hervidero de mundos y de soles la inmensa faja de luz que cruza por tus cielos? Dínos cómo se llama aquel astro que lleva á su alrededor un anillo de oro; dínos por qué aquel otro mundo centellea con una luz rojiza que parece el fuego de un eterno sacrificio; dínos por qué llevan algunos planetas en pòs de sí esas lunas que amorosas les van siguiendo, sin alcanzarlos nunca; dínos por qué vuela aquel astro tan rápidamente como si un huracán le arrastrase en sus alas, mientras aquel otro gran mundo que se ve tan lejos, anda con paso tardo, como si fuera un anciano vacilante; dínos qué significa esa cruz de estrellas lucientes que se ostenta á un lado, ese pequeño carro que se ve á otro, y que está esperando un ángel que lo guíe con riendas de luz; si, descúbrenos esos secretos, y déjanos volar á dormir en el seno de las estrellas, á rodar en el ráudo astro con el vértigo de lo infinito, á orar en el tardo mundo contemplando sus soles, á cabalgar en la cola de tus cien cometas para acercarnos al sol, que tiene en su fuego el calor de la vida, y en su centro los hilos invisibles que sostienen los astros; y conta-

remos á cada matiz de la luz, á cada átomo, á cada rayo de los mundos que encontremos en nuestro camino, el amor infinito con que has creado, eterno Dios, todo el Universo.

EL ETERNO.

Oidme, criaturas, oidme. Quiero que en ese mundo, en ese gran templo lleno de mi vida, haya un sacerdote mio, que sea mi imágen viva, y que interprete mis pensamientos.

LOS ÁNGELES.

Señor, hénos aquí con este mundo en las alas. Hemos traído el que más cerca está del sol, porque el intérprete de tu creacion esté más cerca de la fuente de la vida en la naturaleza.

EL ETERNO.

No debe ser ese su mundo. Su vida ahí sería rápida como un suspiro. Su alma pronto volvería á dar sus aromas al cielo. Su cuerpo, por más fuerte que fuera, se quebraría abrasado por la gran lava donde lo alzaba mi omnipotencia.

LOS ÁNGELES.

Señor, Señor: hemos dejado ese astro rodar

por los espacios infinitos, y os traemos un mundo que parece por sí solo un Universo. Está muy lejos del sol, y su paso es desmayado, es lento. Aquí el calor no consumirá á tu sacerdote. Ese gran mundo es un digno santuario del intérprete de tus secretos. Anda majestuosamente por los espacios sin fin. El calor ni le enciende ni le enrojece. Siete lunas penden hermosas de sus cielos, é iluminan sus noches.

EL ETERNO.

No es, no, ese su mundo. Necesitaria romper las leyes entre el espíritu y la naturaleza, de que debe ser como una eterna armonía, para vivir ahí. Sus años serían demasiado largos, su desarrollo demasiado lento. Yo quiero un mundo en que todas las contradicciones de la naturaleza se armonicen, para poner en él un ángel que sea el mediador de toda la creacion.

LOS ÁNGELES.

Señor, aquí está la tierra.